



# La Santa Sede

---

JUAN PABLO II

## **AUDIENCIA GENERAL**

*Miércoles 5 de noviembre de 1997*

### **La oración a María**

1. A lo largo de los siglos el culto mariano ha experimentado un desarrollo ininterrumpido. Además de las fiestas litúrgicas tradicionales dedicadas a la Madre del Señor, ha visto florecer innumerables expresiones de piedad, a menudo aprobadas y fomentadas por el Magisterio de la Iglesia.

Muchas devociones y plegarias marianas constituyen una prolongación de la misma liturgia y a veces han contribuido a enriquecerla, como en el caso del Oficio en honor de la Bienaventurada Virgen María y de otras composiciones que han entrado a formar parte del Breviario.

La primera invocación mariana que se conoce se remonta al siglo III y comienza con las palabras: «Bajo tu amparo (*Sub tuum praesidium*) nos acogemos, santa Madre de Dios...». Pero la oración a la Virgen más común entre los cristianos desde el siglo XIV es el «Ave María».

Repitiendo las primeras palabras que el ángel dirigió a María, introduce a los fieles en la contemplación del misterio de la Encarnación. La palabra latina «Ave», que corresponde al vocablo griego *xaire*, constituye una invitación a la alegría y se podría traducir como «Alégrate». El himno oriental «Akáthistos» repite con insistencia este «alégrate». En el Ave María llamamos a la Virgen «llena de gracia» y de este modo reconocemos la perfección y belleza de su alma.

La expresión «El señor está contigo» revela la especial relación personal entre Dios y María, que se sitúa en el gran designio de la alianza de Dios con toda la humanidad. Además, la expresión «Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús», afirma la

realización del designio divino en el cuerpo virginal de la Hija de Sión.

Al invocar «Santa María, Madre de Dios», los cristianos suplican a aquella que por singular privilegio es inmaculada Madre del Señor: «Ruega por nosotros pecadores», y se encomiendan a ella ahora y en la hora suprema de la muerte.

2. También la oración tradicional del *Ángelus* invita a meditar el misterio de la Encarnación, exhortando al cristiano a tomar a María como punto de referencia en los diversos momentos de su jornada para imitarla en su disponibilidad a realizar el plan divino de la salvación. Esta oración nos hace revivir el gran evento de la historia de la humanidad, la Encarnación, al que hace ya referencia cada «Ave María». He aquí el valor y el atractivo del *Ángelus*, que tantas veces han puesto de manifiesto no sólo teólogos y pastores, sino también poetas y pintores.

En la devoción mariana ha adquirido un puesto de relieve el rosario, que a través de la repetición del «Ave María» lleva a contemplar los misterios de la fe. También esta plegaria sencilla, que alimenta el amor del pueblo cristiano a la Madre de Dios, orienta más claramente la plegaria mariana a su fin: la glorificación de Cristo.

El Papa [Pablo VI](#), como sus predecesores, especialmente [León XIII](#), [Pío XII](#) y [Juan XXIII](#), tuvo en gran consideración el rezo del rosario y recomendó su difusión en las familias. Además, en la exhortación apostólica [\*Marialis cultus\*](#), ilustró su doctrina, recordando que se trata de una «oración evangélica, centrada en el misterio de la Encarnación redentora», y reafirmando su «orientación claramente cristológica» (n. 46).

A menudo, la piedad popular une al rosario las letanías, entre las cuales las más conocidas son las que se rezan en el santuario de Loreto y por eso se llaman «lauretanas».

Con invocaciones muy sencillas, ayudan a concentrarse en la persona de María para captar la riqueza espiritual que el amor del Padre ha derramado en ella.

3. Como la liturgia y la piedad cristiana demuestran, la Iglesia ha tenido siempre en gran estima el culto a María, considerándolo indisolublemente vinculado a la fe en Cristo. En efecto, halla su fundamento en el designio del Padre, en la voluntad del Salvador y en la acción inspiradora del Paráclito.

La Virgen, habiendo recibido de Cristo la salvación y la gracia, está llamada a desempeñar un papel relevante en la redención de la humanidad. Con la devoción mariana los cristianos reconocen el valor de la presencia de María en el camino hacia la salvación, acudiendo a ella para obtener todo tipo de gracias. Sobre todo, saben que pueden contar con su maternal intercesión para recibir del Señor cuanto necesitan para el desarrollo de la vida divina y a fin de alcanzar la salvación eterna.

Como atestiguan los numerosos títulos atribuidos a la Virgen y las peregrinaciones ininterrumpidas a los santuarios marianos, la confianza de los fieles en la Madre de Jesús los impulsa a invocarla en sus necesidades diarias.

Están seguros de que su corazón materno no puede permanecer insensible ante las miserias materiales y espirituales de sus hijos.

Así, la devoción a la Madre de Dios, alentando la confianza y la espontaneidad, contribuye a infundir serenidad en la vida espiritual y hace progresar a los fieles por el camino exigente de las bienaventuranzas.

4. Finalmente, queremos recordar que la devoción a María, dando relieve a la dimensión humana de la Encarnación, ayuda a descubrir mejor el rostro de un Dios que comparte las alegrías y los sufrimientos de la humanidad, el «Dios con nosotros», que ella concibió como hombre en su seno purísimo, engendró, asistió y siguió con inefable amor desde los días de Nazaret y de Belén a los de la cruz y la resurrección.

## Saludos

Quiero saludar ahora a los fieles de lengua española. De forma particular, a la delegación de la «Agencia de desarrollo económico local de Nueva Segovia» (Nicaragua), así como a los demás grupos de España, México, Argentina, Panamá y Puerto Rico. Invocando a María, la llena de gracia y bendita entre todas las mujeres, os imparto con afecto la bendición apostólica.

*(En checo)*

El párroco de la catedral de Berlín, Bernard Lichtenberg, durante la segunda guerra mundial suplicaba públicamente a los fieles que orasen por los judíos perseguidos y por los detenidos en los campos de concentración. Fue encarcelado y condenado en Dachau; murió el 5 de noviembre de 1943. El año pasado tuve el gozo de beatificarlo. Con esta figura luminosa de sacerdote, quisiera recordaros a todos los sacerdotes y laicos de vuestra patria, que en este siglo han sufrido y han muerto por la fe en Cristo. Son vuestros modelos y protectores.

*(En italiano)*

Me dirijo con afecto especial a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. La Iglesia nos invita en estos días a rezar por nuestros seres queridos, que han dejado ya este mundo. Su recuerdo nos induce a meditar en el misterio de la muerte y de la vida eterna.

Queridos *jóvenes*, que el pensamiento de la muerte no sea para vosotros motivo de tristeza, sino que más bien os impulse a apreciar y valorar plenamente vuestra juventud, orientando siempre vuestro espíritu a los valores que no perecen.

Para vosotros, queridos *enfermos*, que la esperanza de la resurrección y la promesa de la inmortalidad futura sean consuelo en el sufrimiento e invitación a sentirnos unidos de modo especial en el misterio de la muerte y resurrección del Señor.

Queridos *recién casados*, que la perspectiva eterna de la vida os estimule constantemente a proyectar vuestra familia, dejándoos guiar por Cristo y su Evangelio.